

VII Centenario de la muerte de Dante Alighieri (1265-1321)

APOTEOSIS DE LOS SENTIDOS EN LA DIVINA COMEDIA. INFIERNO

Jorge Cruz

El mundo de la *Comedia* dantesca es el trasmundo donde las almas de quienes han muerto esperan el Juicio Final. Después de ese acontecimiento definitivo recuperarán los cuerpos, y, desde entonces, su beatitud o su condena serán eternas. La nueva y definitiva unión de cuerpo y alma —tal como Dios creó al hombre— señalará, después del Juicio Final, una culminación que se manifestará asimismo en el goce y en la pena. Los justos gozarán más, y los réprobos verán aumentados sus padecimientos. Ya no habrá tiempo; solo un espacio para los salvados y otro para los condenados, el reino de la vida eterna y el reino de la muerte eterna. Tantos y tantos seres que poblaron la Tierra a lo largo de milenios, ocuparán, no obstante, su incalculable número, una porción pequeña del infinito Universo.

Infierno y Paraíso son dos extremos opuestos, en tanto que el Purgatorio es lugar de transición que irá despoblándose hasta desaparecer a medida que sus pasajeros, pecadores veniales, se purifiquen y ganen el Paraíso. La multitud de seres humanos que vivieron y murieron aguardan el llamado fatal que Virgilio, guía de Dante, menciona cuando el florentino Ciaccio, condenado por glotón, vuelve a caer en el fango donde padece a causa de su intemperancia.

*“Più non si desta / di qua dal suon de l’angelica trompeta, / quando verrà la nimica Podèsta: / ciascun rivederà la trista tomba, / ripiglierà sua carne e sua figura, / udirà quel ch’in eterno rimbomba* (VI, 94-99), que en la versión de Ángel J. Battistessa, utilizada en adelante, se traduce así: “No ha de levantarse / hasta que el ángel suene la trompeta / y surja la Potencia justiciera: / todos encontrarán su triste tumba, / retomarán su carne y su semblante / y oirán lo que en lo eterno repercute”.

Dante se ha perdido en la salvaje y áspera selva de un valle que lo llena de espanto, pero, cuando, al amanecer, ve el sol brillando en la cima de una colina, su temor se aplaca y, más confiado, camina por una playa desierta. Sin embargo, tres fieras amenazantes lo empujan hacia la selva y le restituyen el pavor. En ese momento surge Virgilio: *Mentre ch’i ruinava in basso loco, / dinanzi a li occhi mi si fu offerto / chi per lungo silenzio parea fioco* (I, 61-63).

“Mientras retrocedía a la hondonada, / ante los ojos se me mostró alguien / que en su largo callar parecía mudo”.

Al antro subterráneo descienden Dante y Virgilio. Al comienzo del canto decimotercero, el poeta enfoca a la lírica pareja caminando en silencio: *Taciti, soli, sanza compagnia, / n’andavam l’un dinanzi e l’altro dopo, / como frati minor vanno per via* (XXIII 1-3) “Callados, solos y sin compañía / íbamos, uno adelante y luego el otro, / como frailes menores por su senda”. La imagen visual de los dos poetas trae a la memoria (y estarían presentes en la memoria de Dante) los versos de Virgilio en el canto sexto de *La Eneida*, cuando la Sibila desciende con Eneas a la ciudad de Dite: *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram, / porque domos Ditis vacuas et inania regna*” (268-9), que Dalmacio Vélez Sarsfield tradujo así: “Iban los dos por entre las sombras de la solitaria noche, atravesando en tinieblas el reino de la nada y los vacíos palacios de Plutón”.

Una y otra vez, por los círculos del *Infierno* y las cornisas del *Purgatorio*, ambos personajes animan esta escena procesional. Es un momento de extraño suspenso y recogimiento, precedido y seguido por encuentros que horrorizan al viajero o lo conmueven. Con su guía y maestro, Dante enfrenta la puerta infernal y su impiadosa inscripción, una advertencia disuasoria o un desafío a sobrellevar la desesperanza y la eterna condena. Una vez transpuesta la entrada, al inicio del camino “alto y silvestre”, los términos del aviso se manifiestan sin atenuantes. Según Francesco De Sanctis (1817-1883), autor de una célebre *Historia de la literatura italiana*, se oye, entonces, “el grito del Infierno”. Al principio, el peregrino nada distingue en ese antro de tinieblas, solo su oído advierte, antes que otro sentido, el estruendo que retumba en la morada subterránea.

*Quivi sospiri, pianti e alti guai / risonavan per l’aere sanza stelle, / per ch’io al cominciar ne lagrimai. // Diverse lingue, orribile favelle, / parole di dolore, accenti d’ira, / voci alte e fioche, e son di man con elle // facevano un tumulto, il qual s’aggira / sempre in quell’aura sanza tempo tinta, / come la rena quando turbo spira.* (III, 22-30). “Allí suspiros, llantos y hondas quejas / sonaban en el aire sin estrellas, / tanto que en un comienzo lagrimé. // Diversas lenguas, hablas horrorosas, / palabras de dolor, acentos de ira, / altas y roncadas voces y palmadas, // hacían un tumulto, en que se agita /

siempre en tal viento, eternamente oscuro, / como arena en la racha turbulenta”.

En el canto cuarto, apenas comenzado el camino y luego de trasponer el Aqueronte, el primero de los ríos infernales, donde aguardan Caronte y su barca, el poeta parece tomar conciencia de su presencia física en el reino infernal. *Vero è che'n su la proda mi trovai / de la valle d'abisso dolorosa / che truono accoglie d'infinite guai. // Oscura e profonda era e nebulosa, / tanto che, per ficcar lo viso a fondo / io non vi discernea alcuna cosa. / “Or discendiam qua giù nel cieco mondo (IV, 7-13).* “En verdad me encontraba en el extremo / del doloroso valle del abismo, / que acoge el trueno de infinitas quejas. // Era oscuro y profundo y nebuloso, / tanto que, con mirar intensamente, / yo nada discernía en ese ámbito. // *Bajemos, pues, sin más al mundo ciego”.*

Dante es a la vez autor y protagonista, y, en su fantasía autobiográfica, va a evocar, en versos en los que el naciente idioma italiano exhibe portentosa elocuencia, el itinerario que su personaje ha seguido a lo largo del trasmundo. El privilegiado viajero que logrará volver al reino de los vivos luego de recorrer el de los muertos, baja al Infierno, sube luego al Purgatorio y volará, finalmente, al Paraíso con todos sus sentidos despiertos, alertas, dispuesto a grabar en su memoria lo visto y lo oído, con la intención de contarlo al mundo en su epopeya sacra. Los hechos cobran ante el lector tal presencia, tal relieve, que podríamos creer que Dante, en vida, el 7 de abril de 1300, emprendió realmente su viaje.

Karl Vossler (1872-1949), maestro del idealismo lingüístico y romanista de gran prestigio en la primera mitad del siglo pasado, decía que, en la *Divina Comedia*, lo terrenal se espiritualiza y lo espiritual se hace visual y sensible. ¿Habría que atribuirlo al “genio latino”, solar y plástico, o a la tradición de Aristóteles y Santo Tomás, clara y racional? Lo que importa señalar es que el rigor mental del poeta se armoniza no solo con la exaltación mística, sino también con la exaltación sensual de las cosas. Al comienzo del canto vigésimo noveno, Dante utiliza una expresión que define el carácter de su visión:

*La molta gente e le diverse piaghe / avean le luci mie si inebriate / che de lo stare a piangere eran vaghe.* (XXIX, 1-3 ). “La mucha gente y las diversas llagas / me embriagaban los ojos de tal modo / que de llorar estaban anhelosos”.

Respecto a “inebriare” que utiliza el poeta, Attilio Momigliano (1883-1952), en su excelente edición de la *Comedia*, escribe que “inebriate” es metáfora insustituible, “expresa la exuberancia de visión que se ha vertido en los ojos, como una embriaguez de la vista”. Gracias a esa embriaguez, entre las sombras, la niebla y el vaho, se perfilan claramente la arquitectura infernal, los diversos parajes, los condenados y sus verdugos, los demonios. Dante el personaje la ha experimentado, y Dante el poeta ha sabido expresarla bellamente. Pero esa embriaguez no arrebató solo sus ojos, sino todos sus sentidos. Paradójicamente, el reino tenebroso surge con radiante visibilidad. Dante recorre los reinos del más allá con los sentidos que le van descubriendo lo que a su paso percibe, y sus referencias a la insólita tierra de los muertos se apoyan en las experiencias del mundo de los vivos.

Es verdad que el Infierno tiene su propia luz, una luz siniestra que proviene del resplandor del fuego, símbolo también de los más agudos dolores. El poeta menciona la “ciudad del fuego” y el “río sanguinoso”. El rojo del fuego y de la sangre se sutiliza en matices como el tono “perso”, pardo rojizo, y el tono “ferrigno”, color de hierro y de herrumbre. Negro, gris y blanco son colores habituales en el antro subterráneo. Se advierten la lividez de algunos rostros, las “olas cenicientas” y “las malignas playas grises”. Pero no dejan de manifestarse, aunque en menor medida, otros colores: el verde del prado en que discurren los grandes personajes de la Antigüedad, en el Limbo; el azul, el amarillo y el dorado. En el fondo del gran embudo que configura el Infierno, sendos colores caracterizan los tres rostros de Lucifer, “el emperador del doloroso reino”: el rojo, el blanco amarillento y el negro.

La oscuridad infernal se opone a la claridad del Purgatorio y al resplandor del Paraíso. La oscuridad es condenación; la luminosidad, bienaventuranza. El mundo que se le revela al poeta es tan desconcertante que por momentos él mismo duda de su realidad: *Se tu se’or, lettore, a creder lento / ciò ch’io dirò, non sarà maraviglia, / ch’io che’l vidi, a pena il mi consento.* (XXV, 26-27). “Si tú, lector, te muestras lerdo / en creer lo que diré, no es maravilla; / yo que

lo vi, apenas si lo creo”. Consciente de la magnitud de la empresa, pero dudando de sus fuerzas, Dante, imbuido siempre de reminiscencias clásicas, invoca a las Musas: *O Muse, o alto ingegno, or m'aiutate; / o mente che scrivesti ciò ch'io vidi, / qui si parrà la tua nobilitate*(II, 7-9). “¡Oh Musas! ¡Oh alto ingenio! ¡Socorredme! / ¡Oh mente que has escrito lo que he visto, / aquí ha de mostrarse tu nobleza!”.

En un antro de sonoridades crispantes, “en esa borrasca infernal que nunca cesa”, Minos, el barquero, profiere palabras duras y blasfemas, así las dirigidas a las almas que esperan a orillas del Aqueronte: *Guai a voi, anime prave! / non isperate mai vederlo cielo: / i'vegno per menarvi a l'altra riva / ne le tenebre eterne, in caldo e'n gelo* (III, 84-87). “¡Guay, oh almas pervertidas! / no esperéis más volver a ver el cielo: / vengo a llevaros a la orilla opuesta, / a la tiniebla eterna, al fuego, al hielo”. Amenazantes son también las palabras del demonio Pluto en el cuarto círculo, el de los avaros y los pródigos, lanzadas en una lengua presumiblemente infernal: *Pape Satán, aleppe!* A ellas responde Virgilio en términos duros. Otra muestra de expresiones ininteligibles son las que grita el gigante Nemrod en el undécimo círculo: *Raphel may amech zabi almi*, que en boca de ese personaje descomunal suenan intimidantes. Hay que recordar asimismo, entre las manifestaciones ásperas y abominables, la blasfemia de Vanni Fucci, el ladrón, en el primer terceto del canto vigésimo quinto, equivalente al corte de manga: *Al fine de le sue parole il ladro / le mani alzò con amendue le fiche / gridando: “Togli, Dio, ch'a te le squadro!* (XXV, 1-3). “El ladrón al final de esas palabras / alzó las manos e hizo las dos higas / gritando: ¡Toma, Dios, yo te las mando!”.

Cerberos ladra y, con sus ladridos, aturde tanto a las almas que las desdichadas quisieran estar privadas de la facultad de oír; Flegias, el otro barquero, apostrofa a los poetas; las Tres Furias amenazan petrificar a Dante con la cabeza de la Medusa; Capaneo maldice; dos condenados intercambian golpes y groseros improperios. En uno de sus parangones, Dante compara las quejas de los lujuriosos con el canto plañidero de las grullas. Cuando el poeta llega al sitio donde sufren los falsificadores, en el octavo círculo, los lamentos de estos condenados son como saetas que obligan a taparse las orejas, en el colmo de la resistencia.

Resuenan en el Infierno otras frases destempladas o hirientes que el poeta oye a lo largo de su viaje, en alguna ocasión salidas de su misma boca, como cuando, sobrepasando su habitual comedimiento, se deja arrebatar por la indignación frente al iracundo Filippo Argenti, cuyo hermano lo había despojado de su patrimonio, y declara el deseo de verlo hundido en el barro. Su furia se desencadena también al encontrarse entre los traidores con su compatriota Bocca degli Abati, a quien dice que habrá de infamar cuando regrese al mundo.

Pero no todo lo que Dante oye es penoso y crudo. Las palabras de Virgilio, sobre todo, lo reconfortan a cada paso. El poeta de *La Eneida* le habla antes de emprender el viaje y le descubre la secuencia de intercesiones jerárquicas que llegan hasta el propio guía: la compadecida Virgen María ha demandado a Lucía, santa de la devoción de Dante, que baje al Paraíso Terrenal, en la cima del Purgatorio, para pedirle a Beatriz, la amada del florentino descaminado, que, a su vez, descienda al “nobile castello”, en el primer círculo del Infierno, donde entre grandes espíritus de la Antigüedad, griegos y latinos, poetas, filósofos y figuras mitológicas, mora Virgilio. Beatriz le solicita que socorra al desorientado, y él acude diligente a liberarlo de temores y dudas, y le indica la conveniencia de guiarlo en “otro viaje”, cuyo esquema traza ante el fortalecido nativo de la Tierra, cuerpo y alma, dispuesto a transitar por el submundo de sombras. Oirá en el Infierno *le disperate strida* y verá a espíritus dolientes llorar su segunda muerte (la del Juicio Final) y a quienes, en el Purgatorio, están esperanzados entre las llamas porque saben que alcanzarán la beatitud. Si desea ir más allá, al Paraíso, a la ciudad de los bienaventurados y los ángeles, él no podrá acompañarlo —dice— *perch’io fu’ribellante a la sua legge*(I, 125) “porque fui rebelde a su ley”. Será, entonces, Beatriz su guía. Las palabras del poeta latino son un bálsamo, y Dante las evoca en un símil:

*Quali i fioretti dal notturno gelo / chianti e chiusi, poi che ‘l sol li’mbianca / si drizzan tutti aperti in loro stelo, // tal mi fec’io di mia virtute stanca, / e tanto buono ardire al cor mi corse, / ch’i’cominciai come persona franca: // ‘Oh pietosa colei che mi soccorse! / e te cortese ch’ubidisti tosto / a le vere parole che ti porse: // Tu m’hai con desiderio il cor disposto / sì al venir con le parole tue, / ch’i’son tornato nel primo proposto. // or va, ch’un sol volere è*

*d'ambidue: // tu duca, tu signore e tu maestro'* (II, 127-140). "Cual florecillas que nocturna helada / cerró y dobló, si el sol las ilumina / se yerguen bien abiertas en su tallo, // así hice yo con mi ánimo abatido, / y tanto buen ardor me colmó el pecho / que comencé a decir como hombre franco: / ¡Piadosa aquella que me dio socorro / y que cortés tú has ido obedeciendo / las veraces palabras que ella dijo! // En el pecho me has puesto tal deseo / al venir hacia mí con tus palabras, / que a mi primer propósito he tornado. // Avanza, pues solo un querer tenemos: / tú guía, tú señor y tú maestro".

El abismo infernal, lóbrego y conmovido por sonidos y voces en los que se traslucen culpas y castigos, le depara al viajero otra experiencia ingrata: la de olores nauseabundos y repugnantes. Al llegar al tercer círculo, donde están los golosos, lo trastorna una lluvia hedionda que transfiere su hedor al suelo donde *cae:Grandine grossa, acqua tinta e neve / per l'aere tenebroso si riversa; / pute la terra che questo riceve* (VI, 10-12). "Grueso granizo, agua negruzca y nieve / se vuelcan en el aire tenebroso; / hiede la tierra que recibe esto". En torno de la ciudad de Dite, en el círculo sexto, en que se castigan los pecados más graves, un pantano exhala olor intolerable y, a medida que se descende al Bajo Infierno, entre violentos, fraudulentos y traidores, la fetidez va haciéndose más repulsiva. Es, a veces, tan insoportable "el triste hedor" que obliga a los caminantes a buscar algún reparo. Así cuando sienten *l'orribile soperchio / del puzzo ch'lprofondo abisso gitta* (XI, 5-6-), "el exceso horripilante / del vaho que el profundo abismo exhala". No descansan los sentidos en "el gran valle hediondo": *Le ripe eran grommate d'una muffa, / per l'alito de giù che vi s'appasta, / che con li occhi e col naso facea zuffa* (XVIII, 106-108). "Se agruma el moho en todas las pendientes, / por el vaho que abajo se condensa, / el que riñe a la vista y al olfato".

En el círculo octavo, los aduladores aparecen inmersos en excrementos por haber manchado la palabra con dichos y actos serviles. En ningún otro pasaje del viaje infernal, el hedor es más agobiante ni choca más. Dante no se vale de eufemismos ni de circunloquios cuando tiene que nombrar las cosas, pero lo hace siempre con oportunidad: *E quindi giù nel fosso / vidi gente attuffata in uno sterco /che da li uman privati pareo mosso* (XVIII, 112-114). "Muy luego allí en el foso / vi gente zambullida en un estiércol / que parecía de

letrina humana”. A los hedores infernales se refiere en uno de los parangones dantescos que son con frecuencia precisas estampas de la época, alusivas ya a aspectos topográficos italianos, ya a rasgos de la vida contemporánea. Al llegar al extremo de Malebolge, donde son escarmentados los falsificadores, el poeta da una viva sensación de la fetidez infernal al compararla con el nauseabundo olor de hospitales (y de los hospitales de entonces) en plena canícula:

*Qual dolor fora, se de li spedali / di Valdichiana tra 'l luglio e 'l settembre, / e di Maremma e di Sardigna i mali /fossero in una fossa tutti insembre; / tal era quivi, e tal puzzo n'usciva / qual suol venir de le marcite membre*(XXIX, 46-51). “Cualsería el dolor si de hospitales / de Marismas, Cerdeña y Valdichiana / entre julio y septiembre se reunieran / todos los males dentro de una fosa, / tal era allí y tal hedor salía / cual el que dan las miembros descompuestos”.

Otro sentido notable en la *Comedia* es el tacto, manifiesto en la tangibilidad de seres y cosas. Dante siente la mano de Virgilio cuando luego de leer la aciaga inscripción infernal, este lo conforta con un gesto. En el octavo círculo, cuando los demonios van a lanzarse sobre ellos, Virgilio toma a Dante con los dos brazos, lo aprieta contra su pecho y no lo suelta hasta haber pasado al otro lado. El símil del poeta evoca una conmovedora escena de amor maternal:

*Lo duca mio di subito mi prese, / come la madre ch'al romore è desta / e vede presso a sé le fiamme accese, // e fugge e non s'arresta, / avendo più di lui che di sé cura, / tanto che solo una camicia vesta* (XXIII, 37-42). “De súbito mi guía me alzó en vilo / cual la madre alertada por un ruido, / que al ver cerca de sí subir las llamas, / al hijo toma, y huye, y no se para, / cuidando más de él que de ella misma, / con apenas vestida una camisa”.

Desde las aguas de la Estigia, donde penan los iracundos, Filippo Argenti tiende sus manos hacia la barca donde van Dante y su guía; este rechaza al condenado empujándolo, se vuelve a Dante, le ciñe el cuello y lo besa. Brunetto Latino, en el canto decimoquinto, al reconocer a su antiguo discípulo, lo toma del vestido y lo retiene. En otro caso, es Dante quien toca a un condenado. En el círculo de los traidores, tropieza con la cabeza de Bocca degli Abati, y, cuando el blasfemo se niega desdeñosamente a darse a

conocer, Dante lo toma por el cuello y le arranca pelos de la cabeza hasta hacerlo ladrar. Los muertos del Infierno se muerden, se arañan, se golpean; los diablos, a su vez, los torturan.

En una región de seres ingrátidos, Dante circula con su cuerpo y su peso. Quirón, uno de los centauros, les advierte a sus compañeros: *Siete voi accorti / che quel di retro move ciò ch'el tocca? / Così non soglion fare i pie de'morti* (XII, 80-82). “¿Advertisteis / que el que va atrás empuja lo que toca?/ Así no suelen caminar los muertos”. En el círculo decimoquinto, lugar de condena de iracundos y desidiosos, al entrar en la barca de Flegias para atravesar la laguna Estigia, el peso de Dante hace que la proa se sumerja más de lo habitual: *Segando se ne va l'antica prora / de l'acqua più che non suol con altrui* ( VIII, 29-30). Es decir, que la proa hiende las aguas más profundamente que cuando lleva a quienes llegan al Infierno. En el más allá y, mientras no sobrevenga la resurrección de los cuerpos, los muertos son sombras, espíritus; no empujan lo que tocan, no pesan.

En el reino de los réprobos, sopla con frecuencia el viento. El viajero lo siente en su rostro y lo ve actuar en las cosas; percibe asimismo los temblores de tierra que acongojan el oído y la vista. La lluvia de fuego, el suelo incandescente, los vahos densos, espesan la atmósfera tórrida del Alto Infierno, en tanto que hacia el fondo arrecia el frío más atroz. Las aguas del Cocito, donde se hunden los traidores, están congeladas. Si el calor de los primeros círculos parece no afectar al viajero, el frío de los últimos, en cambio, llega a anular en él toda sensación. Le es difícil al poeta describir el rigor de esa zona helada, en la cual la ley del contrapaso, vigente para todos los condenados, castiga a los traidores por haber carecido de calor humano. Las almas están en el hielo, lívidas y tiritando. Allí padecen los mayores pecadores, torturados por el propio Lucifer: Judas el primero, pues traicionó a Jesús, Dios encarnado. Judas da nombre a esa zona final del Infierno, la Giudecca, transpuesta la cual, Dante y Virgilio volverán al “claro mundo”, donde, de nuevo, verán brillar las estrellas.

Dante distingue claramente las señas de reos y monstruos. Caronte, el barquero del inframundo, es “un vecchio bianco per antico pelo” (canoso por viejo), de “lanudas mejillas” y ojos circundados de llamas. Cerbero es una fiera con tres fauces que ladran a los condenados, ojos bermejos, barba crasa

y negra, gran vientre y manos con uñas”. Los ladrones sufren aberrantes transformaciones ante los ojos del horrorizado peregrino. En el canto vigésimo octavo, donde aparecen los sembradores de discordia, el ignoto Pier da Medicina se manifiesta con la garganta perforada y sangrando, sin nariz y con una sola oreja; y Beltrán de Bornio, trovador provenzal y mal consejero, lleva su cabeza a modo de linterna:

*Lo vidi certo, ed ancor par ch'io 'l veggia, / un busto sanza capo andar sì come / andavan li altri de la trista greggia; // e'l capo tronco tenea per le chiome, / pèsol con mano a guisa di lanterna* (XXVIII, 118-122). “Yo vi por cierto, y creo que aún lo veo, / un busto sin cabeza andar tal como / iban los otros de esa grey llorosa; // y la cabeza asida por el pelo / la llevaba en la mano cual linterna”.

Dante teme que sus versos carezcan de la rudeza capaz de dar idea del espanto infernal: *S'io avesi le rime aspre e chioce / como si converrebbe al tristo buco / sopra 'l qual pontan tutte la altre cocce, // io premerei di mio concetto il suco / più pienamente; ma perch 'io non lo abbo, / non sanza tema a dicer mi conduco* (XXXII, 1-6). “Si tuviese la rima áspera y ronca / cual convendría a ese triste foso / sobre el que forman puente tantas rocas, / de mi concepto exprimiría el jugo / más plenamente; y ya que no la tengo, / no sin temor conduzco mis palabras”.

Ya se ha advertido que Dante hombre y protagonista no es un testigo impasible de cuanto ve, oye, huele y toca. Cuando en el octavo círculo llegan a la sima de los malos consejeros, confiesa: *Allor mi dolsi, e ora mi ridoglio / quando drizzo la mente a ciò ch'io vidi*(XXVI,19-20). “Entonces me dolí, y aún me conduelo / cuando vuelvo la mente a lo que he visto”. En el mismo círculo, al recordar el horrible hacinamiento en que se hallan unos condenados, reconoce que aún se le hiela la sangre, y, cuando por mantenerse atento a lo que dicen unos condenados, recibe una amonestación de su guía, se vuelve a él con tanta vergüenza, *ch'ancor per la memoria mi si gira* (XXX, 135), “que aún en la memoria me da vueltas”. En la zona de los traidores, tanto lo impresiona la visión de los condenados de caras moradas, sumergidos en el helado Cocito, que exclama: *onde mi vien riprezzo, / e verrà sempre, de'gelati guazzi* (XXXII, 71-72), “por eso siempre tiemblo / y he de temblar si veo un lago helado”. Incluso, en más de una

ocasión, se desvanece. Le ocurre cuando, oyendo el llanto desconsolado de Paolo Malatesta, especie de acompañamiento de fondo al relato de amor de Francesca, se desmaya vencido por la piedad: *E caddi como corpo morto cade* (V, 142).

Michele Barbi (1867-1941), otro clásico de la erudición dantesca, luego de referirse a los memorables episodios del Infierno (Francesca, Farinata, Pier della Vigna, Ulises, el conde Ugolino, etc.), sin parangón con las otras dos cánticas y de maravillosa virtud poética, señala en su libro *Dante. Vida, obras y fortuna* que “la representación asume al mismo tiempo tono y color convenientes a tan diversas condiciones de pecadores, y hasta escenas, gestos y motivos vulgares son representados, donde más convienen, con feliz franqueza, para hacer más vario y más vivo este primer reino de ultratumba”. Así subraya Barbi la vitalidad del inframundo que Dante explora y padece.